

MIGUEL ÁNGEL VIRASORO  
(1900-1966)

MÓNICA VIRASORO

Miguel Ángel Virasoro nació en Santa Fe, Argentina, en 1900, Virasoro se graduó en Derecho en la Universidad de la Plata. Como muchos de los hombres pertenecientes a su generación llegó a la filosofía por un recorrido personal autodidacta, un impulso de propia vocación que lo internó en lecturas personalmente seleccionadas a tono de la atmósfera espiritual de la época. Pertenecía a la generación de 1925, no sólo por cronología, sino, también por la orientación filosófica en que se modeló su pensamiento en una época que con todo el entusiasmo y fervor de su juventud —formaban parte de este grupo generacional Astrada, Fatone, Vasallo, Lugones, Borges y otros— reaccionaba contra el positivismo y los rasgos pragmáticos que este imprimía en la vida política y en la cultura argentina. El propio Virasoro definió su generación como aquella que “Por primera vez en nuestra historia espiritual se perfila con suficiente vida interior como para sentirse determinada hacia un ideal de cultura desinteresada, insinuándose los primeros atisbos de un pensamiento metafísico y religioso original”. Esos trabajos que abordaban el tema de la cultura constituyeron una “valiosa contribución al estudio de nuestra moderna conciencia americana”, según palabras de Guglielmini, director de la revista *Inicial* y prologuista de su primer libro *Una teoría del yo como cultura* (1928), que le valió el Premio Nacional de Cultura y le abrió las puertas de la cátedra universitaria. Desde entonces comenzó a desempeñarse como profesor titular en la cátedra de filosofía moderna y contemporánea de la Universidad de Buenos Aires (UBA). En 1947 se hizo cargo de la dirección de la revista *Logos* y en 1952 —al ser nombrado vicedecano de la Facultad de Filosofía— del Departamento de Filosofía, así como del Instituto de

Pensamiento Argentino en 1954. Desde 1960 se desempeñó en varias cátedras, especialmente en la Universidad Nacional de Cuyo, en intensa y fértil actividad hasta su fallecimiento, en 1966. Su obra mereció elevados conceptos tanto en su país, como en el extranjero, desde Alejandro Korn a Benedetto Croce, entre otros.

La preocupación por el pensamiento latinoamericano se manifestó permanentemente desde sus primeros escritos, aparecidos en la revista *Inicial*, algunos de ellos compilados más tarde en su primer libro (1928). Durante su gestión en el Instituto se incorporó a los planes de estudio la cátedra de Historia del pensamiento argentino y en su calidad de director tuvo a cargo la confección de más de cuarenta artículos, sobre filósofos argentinos y americanos, destinados a la Enciclopedia Filosófica de Gallarete. Este interés respondía a la toma de conciencia de su inserción en el contexto histórico latinoamericano, en el cual se movían las motivaciones de sus coetáneos. Como crítico, trató siempre de revelar los aspectos más positivos y alentar el trabajo creador; así lo confirman sus corresponsales.

El tema de Latinoamérica, centrado especialmente en el problema de la cultura, halla, como decíamos, su más destacado abordaje en *Una teoría del yo como cultura*. Virasoro allí distinguió *civilización*, reacción de la vida frente al mundo circundante, creando valores que protejan al ser social contra las fuerzas desintegradoras de la naturaleza, y *cultura*, en tanto proceso de realización singular y sistematización de esos símbolos protectores. El cosmos es el ser en sí de la realidad, el ser como pura potencia inactuada, como voluntad aún irrealizada, y la angustia, el reflejo del no-ser del singular que busca realizarse. Por eso los pueblos en formación se nos aparecen como tocados intensamente por el misterio cósmico. Y Virasoro aquí hace una distinción. Cultura decadente es aquella, que degradado su flujo vital creador, deja de ser una floración inmediata de la vida, y sus valores, vueltos vacíos, pretenden perpetuarse. Cultura en formación, cultura ascen-

dente —de la cual son ejemplos nuestras culturas latinoamericanas— es en cambio aquella en que los valores, en tanto no han emanado, de las fuerzas vitales que pretenden representar, no alcanzan a satisfacer sus necesidades. Por eso, en tanto cultura en movimiento ascendente, procura un acercamiento entre los valores de la vida y la cultura. Cuando un pueblo no se ha creado una cultura propia carece de la conciencia de sí mismo y de ahí su inferioridad para contrarrestar la fuerza de culturas más evolucionadas; si se adapta fácilmente a lo que viene de afuera mediante una imitación de superficie se mutila lo sustancial de sí misma. Este ha sido el caso de nuestros pueblos latinoamericanos.

Y sin embargo, ahora, esas culturas en formación, debido a la densidad energética y a su dinamismo expansivo de savia joven, comienzan a mostrar manifestaciones de indiscutida refluencia sobre la cultura europea. Muy lejos del nihilismo disolvente de la Europa de *avant guerre*, éstas propician un renovador acercamiento a la vida en todas sus expresiones. El movimiento de sus juventudes dice mucho a favor de la originalidad y riqueza de la nueva cultura. Sus mentalidades, aún sin haber llegado a la plena conciencia de sí mismas, rebasando por la intensidad de su fuerza vital su campo de gravitación, repercuten en las modalidades más recientes de las culturas europeas. Su responsabilidad reside en sacudirse el polvo de éstas, hacer realidad lo que virtualmente está ya en su esencia, plasmar su mentalidad hasta hacer conscientes los motivos más hondos de sus fluencias subconscientes, ésta ha de ser la tarea de nuestros pensadores y artistas. Con la cultura propia es el alma propia la que se realiza; para ello hay que depurarla de todos los valores abstractos, extraños a la vida. Y es nuestro caso que la elevación de los valores de la vida entendida no como impulso vacío sino como actividad libre, a categoría máxima de la cultura, ha encontrado en pensadores argentinos sostenedores de nervio.

Un helenismo ferviente, profundizado por medio de Nietzsche, parece centrar las aspiraciones de las mentalidades más características de la nueva generación. Necesidad de volver a ese estado de florecimiento espontáneo de la vida en la cultura de la que el alma griega fue ejemplo prodigioso. Pero el retorno a los valores de la vida no debe limitarse a la transvaloración de la moral como en Nietzsche, sino que debe referirse al espíritu entero, debe cambiar el sentido de la vieja racionalidad abstracta vuelta contra la vida.

Acorde con su concepción del espíritu como autocreación, Virasoro considera que la realidad es una creación del sujeto que forja su mundo circundante. No se trata de una objetividad inerte y abstracta, sino algo activo y viviente intrínseco a su realizarse como conocimiento. El problema de la cultura es, por tanto, el problema de la expresión, es decir, de la exteriorización de una corriente vital. Una cultura se define por el estilo de su expresión; la realidad objetiva no hace más que representar los esquemas de nuestras realizaciones.

Esta posición afirmativa del yo frente a su externo que crea creándose a sí mismo es característica de las culturas ascendentes y la más fecunda que pueda adoptar un alma nueva ante una realidad que no le es consustancial. Así, para la conciencia latinoamericana que no ha creado sus símbolos ni sus valores, lo esencial no es lo que históricamente éstos pudieron significar, sino la proyección de su fisonomía actual sobre las orientaciones latentes. Su problema no es el de una penetración, pero sí el de la reconfiguración de lo externo, acorde con las fuerzas y los motivos profundos de su vitalidad. En el caso de la cultura europea, veinte siglos de mutuo moldeamiento han hecho del alma de ésta una unidad indisoluble, de ahí el matiz realista de su sensibilidad algo desvitalizada. El mundo exterior subordina la vida, lo externo se vuelve una realidad independiente, posición pasiva, avital del sujeto. La cultura deja de ser expresión de la vida; deviene expresión de lo muerto.

Entre los griegos, por ejemplo, lo dionisiaco expresaba la concordancia entre vida y símbolos, y aún cuando lo apolíneo superponía los símbolos en lo vital, ambos elementos confraternizaban para componer una cultura auténtica y modelar un hombre íntegro. Sólo muy tarde con la modernidad se produjo la escisión que truncó el flujo de la savia vital.

Hoy nuestra incipiente cultura presenta características que la acercan a ese tipo de culturas síntesis. Con la hegemonización europea sobre la cultura autóctona —autóctono debe ser entendido como lo que se plasma desde un ambiente, no lo exclusivamente primitivo— se cumple en ésta un proceso de descentración, desarticulación, pero al mismo tiempo de enriquecimiento. Principio básico es que los contenidos de toda síntesis son diversos de la suma de sus componentes. Se trata, en el caso de nuestras culturas, de una posición ni europea ni indígena ni intermedia, sino expresión de su vida actual con sus tendencias, repulsiones, metas, su densidad biológica, sus contenidos y formas más originales. Una vitalidad vigorosa debe sumergirse en los dinamismos primarios que la determinan y encontrar las normas racionales profundas que le permitan organizar su mundo circundante en una cultura que exprese su peculiar estilo.

Y como decíamos más arriba, Virasoro encontró en su generación, que por primera vez se revela, suficiente vida interior e inquietud creadora, orientada por un ideal de cultura desinteresada. Pero aquí no se trata sólo de aptitudes, sino de heroísmo de las grandes disciplinas. El problema de la originalidad de una cultura reside en una cuestión ética: buscar la norma profunda, la idea inmanente, la disciplina creadora que dinamice los resortes más oscuros de nuestra sensibilidad. Aparece el problema del estilo. A la frase de Buffon "el estilo es el hombre", Virasoro agrega "el estilo es la disciplina del hombre". Se impone entonces a la vitalidad de la nueva cultura una recompenetración con los dinamismos latentes de la tradición latina. Orientación hacia un clasicismo apasionado

que comienza a definir la sensibilidad argentina en oposición a la vacuidad del tropicalismo sensiblero.

A la pregunta ¿cuáles son las condiciones en que se da toda cultura superior?, Virasoro responde remitiendo al modelo del Renacimiento, de profunda sensibilidad panteísta, de genial resonancia estética y de tradición helénica. Las nuevas generaciones que anhelan la realización de sus contenidos potenciales deben reencauzar su sensibilidad dentro de su tradición racial; por ello es preciso rechazar la moda de las ideologías teutónicas. La inquietud fáustica hacia el infinito que se quiere, característica de Occidente, es más bien específico rasgo germano a la cual se opone la serena exaltación intelectualista greco-latina que define un movimiento de hondo racionalismo arraigado en la vida.

El renacimiento puede definirse como una avidez integral del espíritu y en ese sentido debe plantearse hoy el problema de la cultura. Vivir es pensar, tanto como actuar y sentir, siendo el pensamiento el que unifica y concreta las otras dos. Contra la separación que tanto los racionalistas, como los vitalistas y entre ellos, el romanticismo, hacen entre lo racional y lo biológico; contra el empirismo, el naturalismo, el materialismo, el pragmatismo, el mecanicismo, es urgente bogar por una nueva humanización.

Las épocas de mayor vitalidad son aquellas en las cuales los frutos del espíritu maduran con mayor riqueza. Todo entusiasmo, toda exaltación para no permanecer estéril debe encauzarse con una disciplina; la aptitud, la fuerza creadora debe disciplinarse. En ese sentido es que habla Virasoro de actitud deportiva, gimnasia mental, entrenamiento, trabajo, que apunta al perfeccionamiento de la actividad. Esta forma de ejercicio se vincula con el ascetismo religioso como tensión de la voluntad hacia sí misma, que crea la atmósfera de exaltación espiritual propicia a las manifestaciones de lo divino en el hombre singular y la cultura de un pueblo.

A partir de esa preocupación por la propia cultura, de lo autóctono en el sentido antes dicho de lo que se gesta en un ambiente, Virasoro va a desarrollar en adelante más que nunca y sostenidamente una síntesis original de algunas modalidades del pensamiento contemporáneo. Así, su filosofía es un ir armando pensamiento mediante un diálogo intermitente con Hegel, Heidegger, Nietzsche y no pocas veces con la filosofía oriental. Un armado de pensamiento en diálogo, que supone un acoger y rechazar orientado a una síntesis Hegel-Heidegger de notoria inspiración nietzscheana, cuya expresión es lo que llama "existencialismo dialéctico" (1958).

Existencialismo dialéctico supone una corrección de Hegel, la consigna de deslogizar, pues la dialéctica tiene su base en la existencia, cuyo principio es la libertad. En *La lógica de Hegel* (1932), arguye que la dialéctica hegeliana prefija un campo de posibilidades que hace del espíritu una actividad mecanizada en el cual el devenir, más que una posibilidad abierta, se diluye como un círculo cerrado de eterno retorno. Todo afán de aventura y conquista que es la propia virtud filosófica, es excluida del pensamiento. Frente a ello destaca Virasoro el carácter activo del espíritu, que es desde siempre razón y voluntad, impulso vital que no niega la vida, sino la afirma, no reprime los instintos, sino que los lleva a su máxima potenciación. Pero a diferencia de Nietzsche, con quien coincide en esta revaloración de las fuerzas vitales, propone jerarquizarlos según su mayor o menor contribución a la realización del espíritu y, por lo tanto, a la inversa, dice, de lo que ocurre en la sociedad contemporánea.

El error de Hegel habría sido considerar a todas las categorías como categorías lógicas y universales, no dando lugar a las categorías particulares o regionales de las ciencias especiales. Virasoro afirma, en cambio, dos modalidades de categorías, las derivadas y las intuitivas. El método deviene así no deductivo, no encerrado en el mecanismo de síntesis de los

contrarios, sino método intuitivo que marcha saltando de intuición en intuición y abierta a los vaivenes del azar.

Esa manera de entender el método dialéctico le permite recuperar el derecho de lo diferente, que no se deja reducir al formalismo de la síntesis de los contrarios. Es cierto que no es posible pensar un concepto aislado, separado de su otro que lo limita y lo conforma, pero en tanto se permanezca en el terreno de las oposiciones, no se podrá captar la riqueza de la diferencia. Para ello es necesario que el pensamiento salga de sí mismo, es necesaria la intuición que arranca al concepto de la estaticidad tautológica (1965).

Sean, por ejemplo, los conceptos de religión, arte, filosofía, de los cuales Hegel hace estadios en el camino del espíritu; éstos no se relacionan por vínculos de oposición, no son momentos de la verdad a ser superados, son términos diferentes, irreductibles, todos contemporáneamente verdaderos, en relaciones de recíproca implicación. El arte llevando una filosofía en germen; la filosofía nutriéndose de su propia necesidad de poesía.

Desde esa perspectiva, la dialéctica de los opuestos deviene dialéctica existencial, más apta para expresar ese movimiento de acción y reacción que mantienen en recíproca dependencia sujeto y objeto. Marcha pues, hacia lo concreto, la existencia, en la cual la superación de los contrarios resulta irrealizable. En este terreno, las antinomias son insolubles, el momento de la superación que en Hegel se manifiesta como conciliación de los contrarios garantizada por la necesaria evolución, se da aquí como *hiatus*, salto cualitativo; es la tierra de la paradoja donde los contrarios coexisten, tierra ya labrada por Kierkegaard (1942).

De ese modo, su pensamiento ancla en Heidegger para quien la conciencia no es algo teorético, sino emocional, "temple de ánimo", "precomprensión", predisposición originaria de la angustia, que no es forma, pero sí contenido, y ya no de conciencia, sino de existencia. Pero aquí Virasoro corrige de nue-

vo: lo originario no es la angustia nacida de la conciencia de la finitud, aquélla que en Sartre y en Kierkegaard se expresa como conciencia de limitación presente en toda elección. La angustia no es más que el aspecto de otro fenómeno más profundo: la sed y hambre de ser, "ansiedad", fuerza o impulso que es el ser mismo en cuanto posibilidad abstracta.

A la concepción del ser como sustancia opone, pues, el impulso, una pura voluntad de ser. Libertad, pero libertad que se realiza en permanente tensión e implica una idea del ser como posibilidad carente de toda determinación y que sólo puede actualizarse en la forma de un querer contingente, individual y limitado, pues el ser, en tanto universal abstracto, es impotente y necesita del ente para realizarse.

Virasoro concibe la relación universal-singular como una relación de mutua dependencia, asiente en ello con cierta forma de panteísmo por la cual toda separación de la libertad singular es desfondamiento. Sin embargo, advierte contra esa manera de ver al ente singular como un simple intérprete o servidor del ser propio de la hermenéutica heideggeriana, pues en tal caso no habría libertad. No hay antagonismo ni contradicción de intereses —dice coincidiendo en esto con Hegel—, pero no porque la voluntad singular deba subordinarse, sino a la inversa, porque lo universal no es nada sin el ente. Este es el que le da sentido y dirección expresando lo constante en lo diverso de las lenguas, religiones, filosofías, estilos.

Virasoro considera que para comprender al *Dasein* no basta aprehender uno de sus términos: la muerte. Es preciso aprehenderlo desde su nacimiento en tanto impulso o hambre de ser. Esto lo lleva a hablar de la ansiedad como temple de ánimo más originario que la angustia que comprende en sí a ésta, pero se diferencia en tanto momento positivo, tensión al ser, hambre y sed de existir que se realiza en la autocreación. Aquí no juega ningún tipo de necesidad, la realización es contingente y depende del hombre, la creación librada a la libertad, traza

la aventura del ser, experiencia peligrosa que proyectada hacia adelante anhela siempre más vida.

Y así como decíamos en diálogo ininterrumpido va Virasoro armando su pensamiento, pero en diálogo que es un tomar y dejar, dibujo irregular de acercamientos y lejanías. Virasoro no se ata a ninguna voz, busca y ensaya la suya propia en un viaje que bien sabe importa riesgo y no lleva ninguna necesidad, pero que como aventura existencial ha de proyectarse siempre hacia adelante en competencia con los dioses.

Y dejemos ahora que exprese como se siente el filósofo en la Argentina de los cincuenta, de los sesenta, donde —dice— no hay escuelas, apenas tendencias, “El pensador argentino trabaja aislado y sin ninguna resonancia, y por lo común bajo el sentimiento de no ser él mismo más que una resonancia, un eco más o menos perdido, y en la mayoría de los casos desfigurante y trivializante” (1961).

BIBLIOGRAFÍA

- Virasoro, Miguel Ángel, 1928, *Una teoría del yo como cultura*, Buenos Aires, Gleizer.
- , 1932, *La lógica de Hegel*, Buenos Aires, Gleizer.
- , 1942, *La libertad, la existencia y el ser*, Universidad de Buenos Aires.
- , 1952, "Mi filosofía", *Philosophia* (Mendoza), núm. 17.
- , 1954, "Existencia y mundo", *Logos* (Universidad de Buenos Aires), núms. 10-11.
- , 1958, "Existencialismo dialéctico", *Humanitas* (Universidad Nacional de Tucumán).
- , 1961, "El ser como impulso y autocreación", *Philosophia* (Mendoza), núm. 24.
- , 1961, *Filosofía, en Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, Sur.
- , 1963, "Para una nueva idea del hombre y de la antropología filosófica", *Cuadernos de Humanitas* (Universidad Nacional de Tucumán).
- , 1965, *La intuición metafísica*, Buenos Aires, Carlos Lohlé.